

ESTHER SELIGSON

## BORRANDO HUELLAS

"No tenemos todavía forma de saber en qué medida una expresión verbal es expresión de una realidad interna".

Doris Lessing, *Instrucciones para un viaje al infierno*

ESA MAÑANA DESCUBRIÓ que era real, molecularmente, celularmente real. Recordado sobre los almohadones desde no recordaba cuánto tiempo, hoy, entre el monótono golpeteo de la lluvia que venía cayendo ya semanas enteras sin parar, su cuerpo adquirió una consistencia hasta entonces desconocida. Al principio no supo definir qué estaba ocurriendo. Fue algo demasiado brusco pero que, a no dudar, se preparaba largo ha sin que él se percatara. Un azoro, un súbito azoro —*La vida, esa ordenación invisible y evasiva, donde quiera que exista, es producto de la luz estelar*— que le revelaba el ahínco, el furor con que todos y cada uno de los engranajes de su organismo, desde las más pequeñas y sencillas estructuras hasta las más grandes y complejos sistemas, se mantuvieron al acecho como un digno y arrebatado ejército, mientras él se desplazaba, espuma verdosa de diminutos trocitos de cristal que chocan entre sí, viran y se alejan, nadando con movimientos rotatorios, desde las zonas estancadas de su ser, en trayectoria helicoidal, hacia la salud. Era un hombre enfermo. Es decir: se había propuesto no recuperarse de unas largas fiebres que le aquejaron y extender el malestar, por turno, a diferentes partes de su anatomía, indiscriminadamente. Claro que no fue una decisión formulada en su conciencia desde el origen, pero no sabría precisar cómo fue tomando cuerpo en su cuerpo. Cuando las voces empezaron a dejarse oír y las sombras a proyectarse en el espejo, o tras la ventana, él ya no era dueño de su voluntad de vivir o no. Convalecía en un continuo desasosiego, aislado por dolores indefinidos que itineraban de una región a otra y de un órgano a otro, de modo que era prácticamente imposible dar un diagnóstico fijo y determinar un tratamiento específico. Le invadía una suave y agria nostalgia, el deseo de deslizarse fuera de sí hacia un hilillo de agua, o de luz o de viento fresco.

El murmullo se cuele con claridad por entre las rendijas, lame las rajaduras de las paredes, culebrea entre las fallas del piso cimbreando las viejas duelas, quedamente, tintinea en las muescas de los cristales, contra los prismas del candelabro, suave y dúctil, embarrando de tristeza el aire de la habitación, el aire que él respira, como si un tarro de miel le hubiera caído en los huesos y miles de abejas estuvieran picoteando en ellos. Susurran, susurran las sombras y se

abren los sonidos extendiendo uno a uno sus acordes, girándole las notas en el oído y en los ojos rehiletes opalinos: traen reminiscencias de tierras calientes, tierras de arena fina y montañas resacas, ritmo de caravanas y palmeras albeadas de tanto dátil, un olor a incienso añejo, un roce de pies descalzos

—primero fue la música, antes que las callejuelas, antes que nada

—no, primero fue el amor, y lo que vi en tu rostro fue el don de mi propio rostro

—cuando me encuentro contigo recupero el tiempo total, ése que no se escapa, ni hiere, ni tritura, ése donde tus manos me retienen y que ambos recorremos desde atrás, desde tan atrás en la memoria

—la memoria de la pura melodía antes de que se diga en palabras, antes de que se estalle en voz: tu nombre

—lo toqué, extendí los brazos y alcancé tu nombre; un soplo me llenó la boca y se abrió tu sueño en mi sueño

El murmullo se le inmiscuye en los pensamientos, centinela meticuloso a la vera de sus vigiliadas, buceador de fuegos fatuos en las duermevelas; levanta crestas luminosas, vapores, sordamente, un dilatado torbellino de imágenes desconocidas, virutas de paisajes en expansión, rebaba de recuerdos que desbordan en él sin poder distinguirlos de sus propios recuerdos, morosamente, un eco y otro eco, caprichoso vaivén de voces, borbollón de suspiros y carraspeos que rebullen de remota añoranza, añoranza de no sabe qué ni desde dónde y que se le deja venir tan salada de llanto, tan desolada, una orfandad que le parte el cuerpo en canal y desborda, viscosa, en el torrente sanguíneo, cascada a la inversa, y él remontando la corriente, medusa flotante, una sombra más en ese cortejo de peregrinos que ronda su ser y su entorno a todas horas del día y de la noche. ¿Soñaba? A veces. Naufragaba en la desnudez moluscular del monótono golpeteo de lluvia que se ramifica en su cuerpo, consistencia de polipero, arrecife donde encalla el tiempo dejándolo a merced de todos los oleajes de la alucinación, el desasosiego, el azoro. Erupciones de lava sobre mantos de nieve, nódulos de vainas gelatinosas, su discernimiento, improntas de microbrechas, era inimaginablemente lerdoso, denso. De vez en cuando, enormes relámpagos iluminan esa superficie estigia poblada de escombros, de partículas de polvo, acantilados de nubes, huracanes,

ovalados meteoros, y alguna misteriosa aurora que despliega sus ondeantes luces poliaromáticas. Crepita, parpadea, el murmullo es una luna color naranja iluminada por el sol poniente y su faz recoge la levedad de unas pisadas silenciosas, el recuerdo indefinible de una presencia, un toque ligero e intenso

—y me tomaste en vilo y caímos, y tu aliento suave penetró en mis muslos, delicados cirros adentrándose en más espesas nubes, poco a poco, tu lengua cardando las humedades hasta desencadenar el aguacero, vidrioso y lozano

—y ahí estábamos los dos, niebla de fuego, sumergidos en ese abrazo en que tú me habías parido y yo te di a luz, leves como un velo inflamado por la más leve brisa, desprendiendo olor a madrugada

—dos cuerpos que descansan sin prisa, sin culpa, sin frío ni distancia, sin confusión ni cansancio; dos respiraciones

—rescátame, rescátame del tiempo

—como las acacias que en el desierto alargan infinitamente sus raíces hasta alcanzar los ojos de agua, y saciarse

El tren parece a punto de descarrilar, veloz, sobre los estrechos rieles, bamboleándose entre nevadas dunas verde pálido. Sus dedos corren sobre el teclado del piano. Aquí y allá sobresale el campanario de alguna iglesia, la sombra parda de una chimenea humeante; una nota falsa y el manazo corrigiendo atento la buena ejecución; el sopor de la tarde de clase cuando afuera todo llama al juego; las somnolencias del traqueteo y la calefacción; los olores del guiso trasminándose de una casa a otra, tufo entrañable de domingos en familia paladeados sin hartazgo, sabor de una melancolía que impregna los vestidos, los muebles, los cuartos y los domingos futuros; el deslizamiento de las yemas por la espalda larga, frágil y recia, la piel tersa amada con la punta de los cabellos y la punta de la lengua, tilde a tilde, jota a jota, un acorde y otro acorde, ligado, ligero, ilimitado. Lo difícil es no sólo saber que ha muerto, irremediablemente intocable su cuerpo tibio, ciega su mirada de espejos múltiples, quietas las manos que tan lentas se acercaban a su rostro para abarcarlo con un toque ingrátido, creciente, gozoso, la tarde rodando entre las calles recién llovidas, entre la algarabía de los pregoneros de fritangas y antojos —olores a tamal, a elote, a quesadilla, calientitos, humeantes, picosos—, de los voceadores de últimas noticias, del cilindrero remolón, tallos de orozú en la boca, malvones descuajándose rojos en el cielo, rebumbio de niños y de pájaros girando entre el arcoiris de las fuentes, la cita, la espera, los paraguas que se cierran, las gotas de agua retenidas al borde de las ramas, de las nubes, de los techos, abandonarse al bullicio de la ciudad en tardes de charrón cuando asciende la invisible hora hasta el umbral de los balcones donde se abrazan los amantes, hasta el quicio de las cafeterías y su runrún de charlas, los zagüanes, las azoteas y sus tenderos, los cuartos de los enfermos que sueñan amaneceres sanos, el tenue deslizarse de los días, lo difícil son las pisadas, el roce de su mano en su mano por las calles en que duele lo ya ausente, los brazos como alas rotas

a fuerza de contener la ternura y su olor a guayaba derramándose en la piel, recuerdos indefinibles que se abren y cobran mil y una facetas, inesperados, constantes, surgiendo a cántaros, filamentos cilíndricos y contiguos

—y después, toda tu presencia aflora entre mis vestidos y mis cabellos, el aliento tiene el sabor de tu aliento, la piel rezuma tu sudor, tu saliva, tu semen, y quedo transida, niebla de fuego, sin piedad

*la historia de la Tierra como un cuerpo separado comenzó hace alrededor de cuatro mil seiscientos millones de años en la gran nebulosa primigenia, a una distancia de ocho minutos luz del centro en el cual se formó el Sol. Para formar nuestro planeta se juntaron pequeños e innumerables fragmentos. La fecha en que nació la corteza terrestre puede situarse entre tres mil ochocientos y cuatro mil millones de años. Así, el período durante el cual la Tierra fue una bola de fuego duró entre seiscientos y ochocientos millones de años*

Mientras ella vivió y se mantuvo alejada de él, la certeza de encontrarla, de llamarla, en cualquier momento —esos momentos en que la soledad largamente atesorada daba un vuelco brusco para transformarse en el imperioso deseo de abrazarla tan largamente como larga había sido la soledad—, teñía a la ausencia de una densidad apenas más concreta que la de un día neblinoso y frío, de esa atmósfera a la que alguna vez se abrazaran por las calles de un invierno clemente que se le colaba ahora por las rendijas de los ojos con sus anocheceres prematuros y el aire alborotándose los cabellos que escapaban por debajo de los gorros. Entonces él no sabía entender la prisa de ella por estirar y agotar cada instante, casi con ofuscación, como adolorida por algo que no alcanzaba a rescatar en plenitud y tuviera que bracear para abrirse paso entre diminutos cristales que rozaban, por debajo de las ropas, sus carnes en desnudez siempre viva. Transitaban el presente de los naufragos: algunas islas para descansar los cuerpos y llevarse a la boca agua dulce; ninguna posibilidad de tocar tierra firme, a no ser en un futuro tan remoto como la conciencia que se les venía, en el minucioso escrutinio de los rostros y la no menos minuciosa entrega de las pieles, de haberla abandonado en otro tiempo: una expulsión. ¿Desde cuándo? ¿Desde dónde? Entre ellos ardía la nostalgia, un mudo y tácito lenguaje que parecía siempre a punto de desvelarse, tras la sonrisa, tras la mirada, en los resabios de esa tristeza verdiazul fusionada a los sueños, a la imposibilidad de vencer las separaciones, unidos por idéntico anhelo, pero frente a frente, hermanados en la simetría de un espejo

—llévame contigo

¿Qué respuesta darle a esa demanda que no era sino el eco de su propio deseo, desgarrado impulso de liberarse ambos de esa misteriosa condena de astros fugitivos que al abrazarse confunden su trayectoria en un mismo chisporroteo luminoso? Como una mano invisible que fuera hurgando en los cajones, sabor de la carencia, inconsolable, y un desmayo de horas en los párpados, polvillo donde los dedos trazan la inicial del nombre, tibio roce de la luz sobre el perfil de

las cosas, mendigar la madrugada, la claridad del cielo y su quietud, al filo, siempre al filo, sucios de días, de disfraces, mientras la luz chorrea más allá de la ventana, inasible, ajena, un amor que buscó hacerle violencia al infinito en su sed de quebrantar lo imposible: "el amor son las aguas del olvido —escuchó—, ¡oh Fedrol, toda alma es inmortal y lo semejante se deleita con lo semejante, pero el alma quiere más de lo que puede y la vida de la fe es intermitente"...

—¿recuerdas?

¿Acaso podía olvidar? Sin embargo, tocarla a veces era despeñarse sin tope. Sus rosas le hacían daño, vulneraban su cotidianeidad, ese espacio al que ella no tenía acceso —el espacio conyugal— y en el que incidía no obstante, robándole una paz de por sí precaria, desmoronándose puntos y rayas, migajas de su cuerpo en su voluntad y en su mente, un silbido aquí, un retumbo allá, infinitesimales, blanquiazules, cadencias de voces más lejanas aún, dolor del dolor del mundo cuajado en la piedra, música petrificada de la Creación, susurran, susurran las sombras, nubes de gas incandescente, brazos espirales que se tienden en un anhelo disparatado de absoluto, dioses que surgen del abismo y van a perderse en la tiniebla de los corazones donde contempla el desierto su rostro cristal de roca, mediodía, pupila inclemente abrasada por el sol, cárdena, antea, magmas de roca formando estrechos cañones por donde desfila el agua tornasolada, una gaviota, un sueño, un sueño que todas las mañanas al despertar le burbujea en el cuerpo, entrañable, inexplicito, en el límite de su abandono antes de rodar hacia el día por iniciarse, una sucesión de horas tangentes, ahítas, donde recalca su miedo a romper el propio límite y llamar, llamar y darle voz a su voz, una voz recóndita y suave, imperiosa

—me acusas de ser un fantasma y de amarte como a un fantasma, de olvidar que hay hueso bajo tu carne y piel sobre ella, ¿acaso ignoras que no hay salvación para los condenados al silencio? Aprende tú a mirarme desde él pues que nací huérfano de palabra

—he vivido tu amor como el peso de una enorme injusticia, el sentimiento de un irse despojando de algo que se padecía en abundancia a cambio de algo menos que una esperanza, vaga, de encuentros y presencia, lo esporádico, lo provisional, y el silencio

—tu voz es dura como la de una madre harto amorosa. Si sólo pudiera no escucharla a veces, su tamborileo ritual, propiciatorio; si sólo pudiera no sentir su puñal de obsidiana saciándose en mis dudas y temores

—el silencio también deja huella, cala, agrieta, duele como cadáver olvidado entre escombros, quiescente; el silencio, cuando calla, dice te olvido, dice no existes, dice te mato, dice estoy sordo, dice me soy ajeno y aparte

(*nepete*: bebida que los dioses usaban para curarse los dolores y las heridas y que también producía olvido, como las aguas del Leteo)

—¡rómpete corazón, te lo suplico, rómpete!

¿Soñaba? A veces. A veces, también, había delirado, y en el delirio se escuchaba murmurando réplicas, como si un diálogo múltiple se desarrollara en

él entre diferentes voces que nunca dejaban de ser él mismo. Vefía escenas que le resultaban familiares sin que supiera precisar en qué, de dónde; reconocía los rostros y algo en ellos le dolía, una pequeña chispa en el seno de una mezcla de vapor de agua y espejos, un fuego y una arena de cenizas dibujando trazos cambiantes, una escritura de viento para ser leída más que con los ojos, con la intuición, letras y signos, huellas de muchos pasados remotos, amasadura de mantos comprimidos bajo otros mantos formando manantiales calientes y geysers que brotan en la superficie para permanecer suspendidos en forma de imágenes, recuerdos, destellos intermitentes, anastomosis de murmullos, de inmediaciones, y él transitando entre todos ellos, ubicuo, semifluido, permeable, tiempos y lugares atravesándolo como si fuese una membrana translúcida ávida de tonalidades que metamorfosearan su forma y su transparencia. Soñaba, sí, y dentro de ese sueño soñaba nuevamente, se desprendía en duermvela hacia desembocaderos laberínticos, aguas someras y agitadas, almaciga de ciudades, de habitaciones, de hablas y ropajes que se combinan entre sí y crecen y se saturan y estallan, *sin embargo, así como transcurrieron varios millones de años para que la cósmica nube de polvo y gases, girando en remolino, se condensase para formar el mundo, así habrían de pasar varias eras antes de que surgieran y se organizaran los primeros compuestos orgánicos: los pequeños cambios necesitaron innumerables centurias para realizarse*

Ella busca. Reconoce el portal. Travesía de San Lorenzo. El quiere decirle que no entre, pero no puede hablar ni puede moverse. Está en otra parte, espectador ausente, aunque la vea, aunque la escuche. ¿Dónde? Allá lejos, y hace tiempo, hubo en esa calle una casa de oración y estudio —"En el inicio de mi obra, ¡oh Señor!, escucha mi plegaria: que tu misericordia aumente mi sabiduría; protege mi labor con tu Diestra poderosa a fin de que no desperdicie yo el tiempo que me ha sido dado para vivir"—, con doce puertas para entrar y salir y ciento veinte escalones entre todas ellas, hacia arriba y hacia abajo y al interior. Piedras roídas forman sus cimientos, grabaduras hablan de viejos conjuros druídas, sartal de letanías sajudas en la roca, en los pergaminos, en las retortas. Huele a azufre y a sangre, huesos calcinados, residuos de hoguera pigmentan a las glicinas que se desbordan morosas sobre el muro donde también asoma el brazo de un naranjo cargado aún, succulento. Corre el viento. Se azotan las ventanas y sacuden sus arrugas las sábanas recién lavadas. Cuando calla, sólo se escucha el apresurado caer del agua por las canaletas que desembocan de las casas. Así se sabe que los habitantes están dentro, aunque no se oigan voces ni ruidos. Ella sube uno a uno los peldaños. En un recodo, después del arco, tras los cristales verdosos, una llama amarillina reluce cabizbaja. Más adelante, el almenaje de la antigua muralla, las torres gemelas donde desembocaron los pasadizos para escurrirse, para huir de las matanzas cuando asuela a la judería el furor del populacho enardecido por los Señores. Túneles que partían del vientre mismo de

las casas y por los que hubo de pagarle al Rey el derecho a transitarlos. Ahí se hunden sus pies, ahí chocan con sus propios huesos en el centro de la tiniebla, entre lodos, costras que una memoria ajena y entrañable le va arrancando a medida que avanza. Ojos cervunos la observan tras alguna rendija. Barrunta su pestaño entre las grietas, y retira la mano que tantea en los muros. Trastabilla. ¿Qué ha sido del portal? Hubo un galeón a manera de insignia en el dintel. ¿Dónde se fueron los que no habrían de volver? *Gerunda de los romanos* la llaman, enhiesta y vigilante, oteando desde sus colinas la llanura cruzada por un laberinto de ríos; hormiguero de complicadas esquinas, unas veces corte real y otras ruina humeante; silueta trazada con perfiles de campanarios, de atalayas, de cipreses, ¿dónde encontrar las palabras sepultadas durante siglos, el aldabón para llamarlas? "¿Qué esté en ti la paz —escuchó— como en Isaac el Ciego"

Aquel caballero madre  
que de mí se enamoró  
pena él y muero yo  
Madre, aquel caballero  
que va herido de amores

Lo difícil no es sólo saber que ha muerto, irremediablemente intocable su cuerpo moreno y tibio olor a incienso, cegados los sueños tras la mirada, quieta la risa, pirateado el presente ante la realidad sin futuro, los días de mutismo ensordecedor, desenhebrar los recuerdos, recuperar el rumor de la vida, la vida desnuda, cuando el origen fue silencio y nada se sabía de la distancia y la sucesión, sólo la piedra, sin raptó, salvaje, el espacio vacío sin senderos ni camino, nada que forme recodos, serpenteos, vértices, santuarios, albergues, paredes descantilladas, fuentes, rellanos plazuelas —ni siquiera aquella donde el olivo acogió, en el dorso de sus añudaduras, a los amantes cansados del largo deambular por las callejas: polvo de siglos moja las plantas de sus pies (los países lejanos y la separación son el destino del caminante), sed de los sueños que se tocan, sed de la memoria ovillada, incandescente—, sólo la humedad, sonora transparencia, lo incorpóreo, un rubor de zarza en los rostros, una letra uniendo el nombre al nombre en la carne, lunas rodando entre los dedos, turgencia de las valvas ondeando en libre ensoñación, desmesura de lo profundo en lo profundo hasta su límite cósmico cuando todavía no se ha dicho la palabra, ni preguntado la pregunta, ni roto el cántaro de las aguas mutuas, lo difícil es conservar intacto el golpe en el pecho, cerrar los ojos e imaginar la mano contra la mano y volar la llama en espirales desde el talón hasta la escápula, un torbellino de lasciva pureza quemándonos sin reposo, incansable plegaria de las tardes que en temblorosa desnudez ruegan piadosas por la presencia

—para mí el tiempo de vivir era simplemente navegar; en ti fue imperioso saber al menos el destino de un puerto donde anclar; aunque no llegases a él nunca. Yo situé el futuro demasiado después de cualquier presente posible, como si siempre hubiese un intervalo entre lo que soy y lo que fui y seré, oscuro y olvidado, sólo me reconozco en el transcurrir cotidiano,



y soy yo cuando me nombras y soy yo cuando te pienso  
—te dí un nombre, Aira, ¿qué hiciste de él?

—veía las ráfagas de desamparo azotar tu rostro, abrazarte, entonces, me daba pavor, me desollaba, y, aún a riesgo de parecer inerte, prefería callar, huir inclusive

(y conocieron que estaban desnudos de luz, revelados en su oscuro principio; y vieron nacer una elevación sombría dosel de tristeza y duelo; y se tejieron vestidos de viaje; y fueron expulsados)

"Una rosa muere muy de prisa —escuchó—, y sin embargo la rosa es eterna". El murmullo se le inmiscuye en la respiración y revienta su prisma de voces y paisajes, turbulencias balbuceantes, trazas hurgando con fruición en sus huesos el eco de otras marcas, el sonido de vestigios más lejanos, más sutiles, señales de mundos infinitamente pequeños y poblados, no obstante, de igual nostalgia, y no exactamente el pesar de tristeza o por ausencia de alguien o de algún bien perdido, sino una pulsión rítmica y continua paralela en el pulso al pulso de las sangres, una escala de colores —rojo, amarillo, verde, morado— reburujando sus vibraciones por detrás de las imágenes que recibe la pupila, un calosfrío igual al pinchazo de un fuego en el fluido nervioso, como si detrás de él se proyectaran, hacia adentro, otras sombras de sí mismo, otras entidades idénticas pero cada vez más reducidas. Sí, a veces sueña, y también delira. Está enfermo. Busca. Más allá de la memoria de su memoria y de la memoria de su carne hay una ciudad, y en la ciudad templos, y en uno de los templos una cámara, y en la cámara de paredes pintadas al fresco y múltiples nichos, se escalonan parihuelas y en las parihuelas yacen cadáveres y él es quien lava los cadáveres y prepara las vísceras. Está descalzo y bajo sus pies corren los hilillos de agua fresca. Las yemas de sus dedos están arrugadas a causa de tanta humedad. Tiene los cabellos recogidos con una cinta detrás de la

nuca. La luz entra a raudales no sabe de dónde y un aire fresco mueve la cortina de lino blanco que cubre a manera de puerta la entrada. ¿Es posible estar vivo y añorar la vida? Ahora camina. La ciudad ha sido desertada. Oculta profecía empujó a sus hijos fuera del caparazón hacia tierras extremas en lontananza. Trozos de obsidiana negra relumbran sobre la calzada, huellas de dedos y palmas se ven aún frescas en el adobe milenario, piedras labradas con imágenes de animales, de hombres, signos de escritura, ruedan igual a un enorme rompecabezas dispersado, lienzos de colores vivos y texturas rutilantes, tocados de plumas, pectorales de turquesas, sargas de cascabeles y de conchas, pedazos de estatuillas y de cerámica se revuelcan en la ceniza y el lodo. Sopla el viento. Llama, alto y vacío, sin encontrar respuesta. El lleva la máscara en la mano y en el cinto su cuchillo. Sube uno a uno de los peldaños, sacerdote sin reino y sin oficio —cuando el velo del templo se rasga, los dioses se van

—por unos momentos vi brillar tu rostro nuevamente. Después, mientras tus pasos se alejaban, recobró su oscuridad

—la memoria también pide su silencio: déjala reposar

—¿quién ascenderá a la montaña del Señor y quién permanecerá en su santuario?

—aquél que tiene las manos limpias y puro el corazón

—el fin de este universo está previsto para dentro de cincuenta mil millones de años, cuando la dilatación

del sol se extienda y consuma a los planetas cercanos

Ellos están ahí, en una mesa en la penumbra, en el rincón de la taberna, esa madrugada, la última del último viaje, sumando las despedidas anteriores y las despedidas por venir, las manos en las manos, sin mirarse, los ojos vueltos hacia el interior de soles rojos y campanas repicando incansables a la puerta de los días y de las noches. Querrían encontrar el sitio donde reunir todos los sueños de sus vidas, donde escuchar todas las voces que los habitan, ir borrando huellas hasta dejar únicamente la lisa superficie de aquel espejo de agua que recogió la imagen de un abrazo enjambre de abrazos, una ventana para contemplar sus rostros lavados de lluvia, lluvia pertinaz, menuda y lenta. Entonces se incorporó de la cama, elástico —se diría que su cuerpo no estuvo hundido en el sopor desde no recordaba cuánto tiempo ha, entre cobijas y almohadones—, dueño de una extraña vitalidad. Abandonó su habitación de enfermo y el asilo. Nunca se supo más de él. Sólo se dijo que salió de viaje. Su pista se perdió en un lejano pueblo a orillas del mar, aunque también pudo ser que se lo tragaran las arenas del desierto

“aquí dieron las musas sepultura al tracio Orfeo con su lira de oro Jove, que reina en tronos celestiales, con flecha ardiente le quitó la vida”

• Este texto forma parte del libro *Indicios y Quimeras*, de próxima publicación.

